

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CONDE DUQUE, 32, DUPLICADO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES
25 Números, 2'50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
De ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES
25 Números, 2'50 pesetas.

NUMERO ATASADO, 30 CENTIMOS

ESTE PERIODICÓ SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID	Un mes..... 1 peseta
	Trimestre... 2,50
	Año..... 10

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS	Un Trimestre..... 3 pesetas
	Semestre..... 6
	Año..... 12

ALBOREAR

Las terquedades del infortunio se vencen cuando a la seguridad del cálculo se une el entusiasmo de la convicción.

En silencio, cual corresponde a la importancia de la empresa, huyendo de aparatosas despedidas que anticipen las albricias del triunfo, excusando la trompetería estruendosa de los corresponsales de la prensa diaria; sin aparato escénico, con la tranquila seguridad del que va a vencer, el general Weyler ha salido a campaña.

La Bolsa, termómetro de la fortuna de los pueblos, sensible a las menores peripecias del destino, ha evidenciado la confianza que a los hombres de negocios inspira las notables aptitudes guerreras del caudillo con una subida en los fondos.

El destino se ha trocado, la fortuna se digna sonreírnos. El hecho tiene toda la importancia de un acontecimiento decisivo.

Frio, impasible con idéntico desdén para las impacencias malsanas del patriotismo atolondrado que para las insidiosas censuras del filibusterismo encubierto; el general Weyler, atento solo a las responsabilidades inmensas que su misión le impone, preparó sus elementos de combate, fiando a la seguridad del cálculo y no a las peripecias de la casualidad el triunfo por todos pedido.

Por las escabrosidades de las sierras de Pinar del Río, Weyler marcha al encuentro de las negradas de Maceo. ¿Podrán estas resistir la embestida de nuestros soldados mandados por el guerrero? Seguramente no. Al violento topetazo, Maceo y los suyos caerán destrozados, caerán para siempre.

Primero, Maceo; después, Gómez y García.

Abramos el pecho a la esperanza y confiemos en el porvenir.

DON ANTONIO EN LA CAMA

D. Antonio, acostado. A los pies de la cama un felpudo, y sobre el Morlesin. Es completamente de noche. De vez en cuando se oirá ladrar al perro de la Huerta.

Don Antonio.—Pues, señor, vaya un día divertido que he pasado. Apenas llegué a la presidencia, ya tengo que soportar la visita de Lastres, que viene a recordarme la promesa que le formulé de elevarle hasta la altura de Castellano, quiero decir, de hacerle ministro. Luego, «apenas ido» el molesto pretendiente, tengo que habérmelas con ese pobre Beranger, que trae la pretensión de que le autorice para que la infantería de marina use capacete en lugar de ros. ¡Eal, ya está aquí Reverter.—¿Qué hay del empréstito?, le pregunto. El interrogado rascándose la cabeza:—¡Ph! Ya han caído algunos milloneros! Después entra Azcárraga.—Y de Filipinas ¿qué?—Pues de Filipinas... ¡nada!—¿Hay noticias de Cuba?—Sí, y muy interesantes: se ha oído

ruido de fusilería y cañón en Rubí.—¡Caramba! Se marcha Azcárraga y entra Cos-Gayón.—Señor, la paz reina en Varsovia. Y después de Cos-Gayón viene Linares Rivas a darme cuenta de otro siniestro ferroviario, y luego Tejada, muy preocupado con el arreglo parroquial de Cuenca, y en seguida Castellano, y más tarde Tetuán, a preguntarme quién es Mac-kiuley, y a los pocos minutos otra vez Lastres, y... ¡el cuento de nunca acabar! Le digo a usted: que no hay paciencia para sufrir este cargo. ¡Y mientras tanto Sagasta en Alicante gozando de la vida! ¡Oh, qué feliz es ese hombre, y qué envidia le tengo! Y el caso es que con estos malditos negocios de Estado tengo en completo abandono mis trabajos literarios, y apenas si escribo una sola línea. Y a propósito: ¡qué éxito ha tenido mi carta a El Liberal! ¡Como que tengo un talento que no me lo merezco! A veces, tan satisfecho estoy de mí mismo, me dan ganas de besar mis propias carnes. ¡Porque, modestia aparte, yo soy el hombre más grande de este siglo! Y si no, que se lo pregunten a Morlesin. ¡Aaah! (Bostezando) ¡Vaya! voy a darme a dormir un poco. Y eso que esta noche me había propuesto no cerrar los ojos hasta encontrar un consonante en ia...

(Momentos de silencio. A poco D. Antonio ronca como un ganapán cualquiera).

¡VIVA ESPAÑA!

El momento es solemne; los fusiles tienen en este instante la palabra. Doscientos mil soldados españoles, llevando su heroísmo por coraza, se aprestan al combate, decididos a jugarse la vida por la patria. Weyler y Blanco, al frente de sus tropas—que cuentan por victorias las batallas—preparan un ataque decisivo, en el que triunfe para siempre España, y en el que aprendan esos miserables que aun el pueblo español tiene pujanza para acabar con todos los traidores, que malditos de Dios y de la patria machetean a pobres indefensos, queman ingenios y destruyen casas, violan las mujeres, y no tienen más ley que la barbarie y la matanza. Ha llegado el momento de callarse, de que al cañón cedamos la palabra, tranquilos esperando el resultado, teniendo en nuestras tropas confianza, y gritando con todas nuestras fuerzas: ¡adelante, soldados! ¡Viva España!

Un chico del Avapiés.

EL ÚLTIMO ESFUERZO

No da la conciencia pública más tregua al Gobierno que hasta la próxima primavera. Para entonces se habrán con-

sumido todos los recursos organizados en lo que queda de año. Para entonces el mortífero clima de Cuba habrá diezmado ese brillante ejército, con el cual habríamos podido aventurarnos a tan gloriosas empresas.

Para entonces tendremos contraído deudas, cuyos intereses exigirán anualidades de más de 300 millones de pesetas.

Para entonces no habrá brazos jóvenes ni suficientemente robustos para el trabajo. Entre la guerra y la emigración habrán desaparecido todos, y los que aún queden, estarán debilitados por la miseria.

Antes que esto suceda es preciso acabar, y acabar radicalmente.

Y después que se acabe, después que cese esa sangría suelta que nos aniquila, será llegado el momento de saber de qué modo va la nación a entrar en convalecencia, ó si, lo que es de temer, ésta habrá de ser peor que la enfermedad misma.

Pero en este caso no habrá consideración alguna que impida al pueblo español exigir responsabilidades de todos modos y en todas las formas posibles.

Ante el enemigo artero que nos hiere y nos saquea; ante el rebelde a la patria que maldice, en lengua española, de la madre patria que le sacó de la barbarie y le hizo hombre civilizado, suele haber siempre nobles y patrióticos consejos de prudencia; ante un Gobierno incapaz, que no sepa convertir en bienes para la nación las ventajas de la paz, ante situaciones que conviertan estas ventajas en objeto de explotación política, ó en algo peor todavía, no pueden oírse otros consejos que los del interés público.

España hace su último esfuerzo.

Veremos, pues, el resultado de este esfuerzo.

DIALOGOS

—¿No sabes que en Cuba he estado? —Y en la trocha ¿hay gente mucha? —¿En Cuba? ¡Mucho me extraña! —¿Que si es mucha? ¡Ya lo creo! —¿Y cómo has venido a España? —Pues en la trocha a Maceo le pescan como a una trucha. —¿Cómo he venido? Embarcado. —Allí Weyler aniquila a ese mulato insensato. —¿Y Blas? —Lo peor es si el mulato se escurre como una anguila. —¿Tan jovencito? ¡Me chocó! —Pues el que tocaba aquí. —¿Y el novio de la Dolores, aquel que tanto gastó? —En Cuba le encontré yo de cabo de gastadores. —¿Y el hermano de Rosario? —No lo pasa en Cuba mal, porque, chico, es mariscal. —¿Mariscal? —Veterinario. —¿Y el marido de Serapia? —Pues es teniente. —¿Ascendió? —Una bala le dejó tan sordo como una tapia. —¿Y aquel señor larguirucho que odiaba el tabaco? —¡Ya! lo odiaba, pero ahora está en Cuba fumando mucho. —¿Y el primo de Timotea que fué mozo de café? —Ese mozo murió al pie de un cañón... de chimenea. —¿Y aquel chico tan valiente que iba siempre a puñetazos? —Está allí dando sablazos... a todo bicho viviente.

—Y en la trocha ¿hay gente mucha? —¿Que si es mucha? ¡Ya lo creo! —Pues en la trocha a Maceo le pescan como a una trucha. —Allí Weyler aniquila a ese mulato insensato. —Lo peor es si el mulato se escurre como una anguila. —Pues si de escurrirse trata ¿qué valor se le atribuye? En fin, a enemigo que huye, ya sabes, puente de plata.

—¡Hola, amigo! ¿Cómo va? —Voy tirando, don Servando. —¿Y su chico? —Pues tirando en Cuba también está. —¿Tiene usted noticias malas? —En la carta que me escribe dice que en Cuba se vive bajo una lluvia de balas. —¡Gran valor hay que tener para estar viviendo así! —Las balas se oyen allí como quien oye llover. —¿No tiembla el chico? —¡Temblar!

Hoy me dice muy contento: «Cuanito yo en el campamento oigo las balas silbar, el silbido no me agobia, no me agobia, padre, no, porque así silbaba yo para llamar a mi novia.»

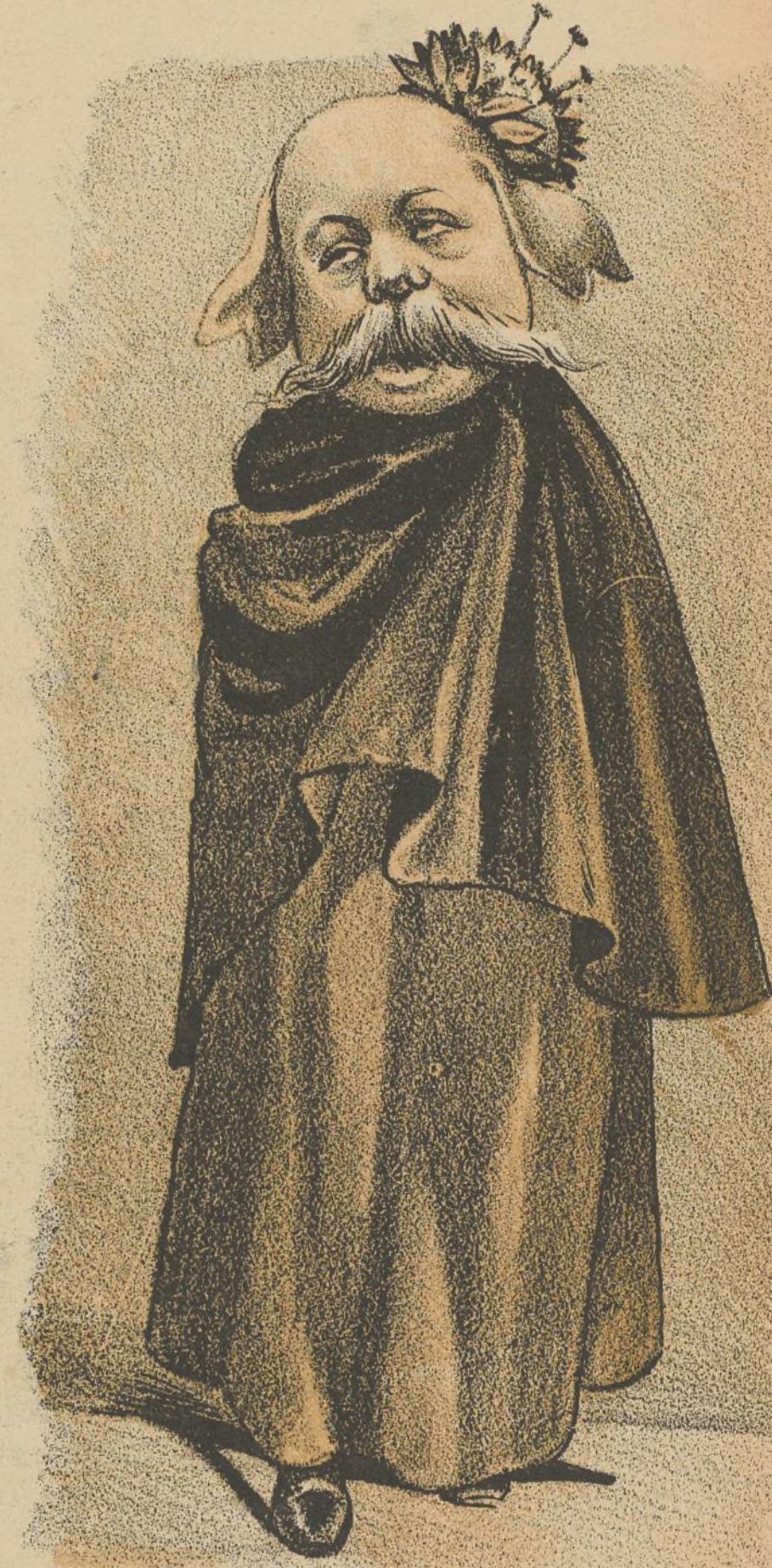
Vicente Rubio,

DON QUIJOTE

FRASES DRAMÁTICAS



¡Por todas partes extiende emanaciones la charea!



Mi nombre es la Pasionaria.



¡Ábrete, infierno, y trágame!



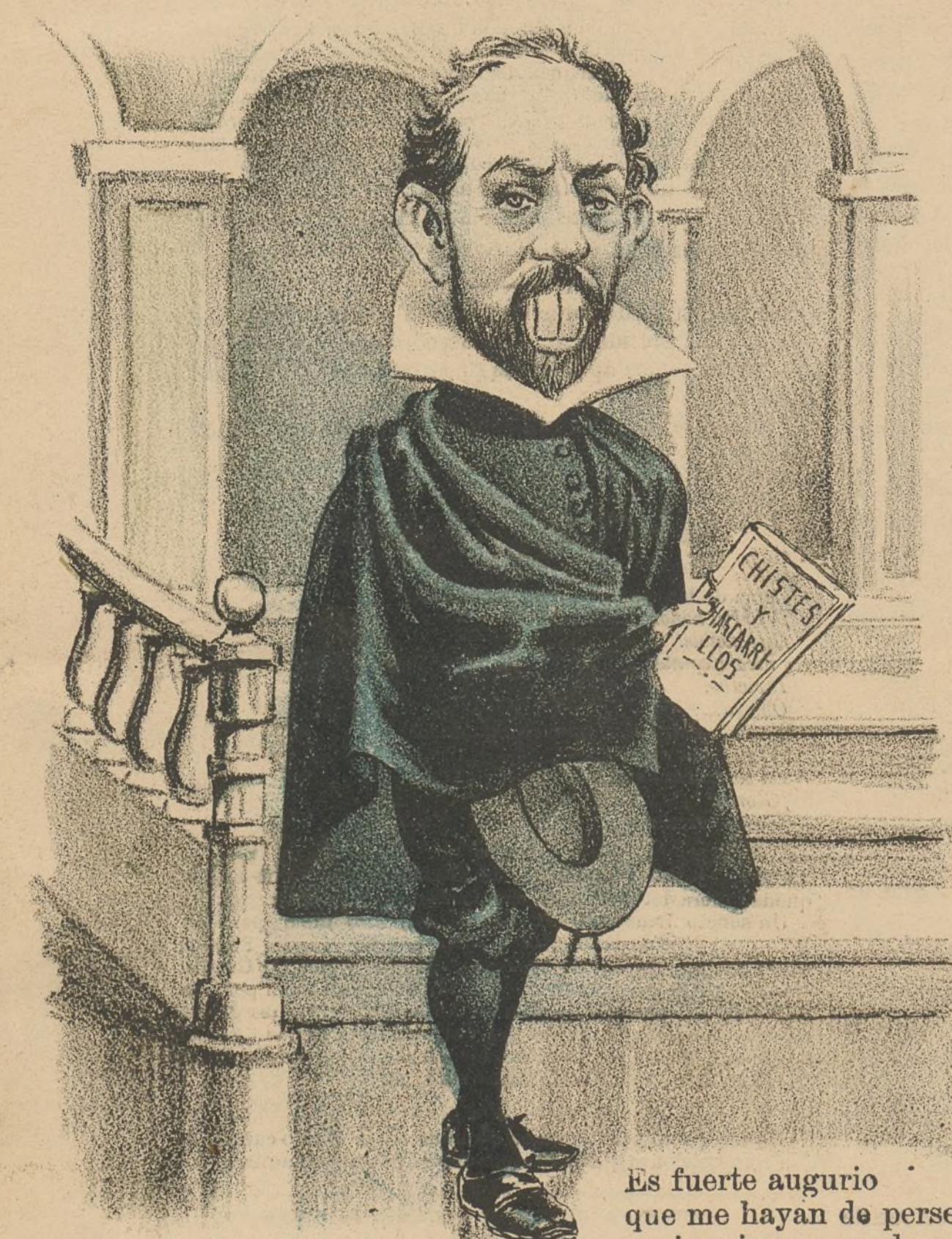
Cayó del balcón al mar.
¡Vive Dios que pudo ser!



Veamos este oráculo espantoso.



Todo Madrid lo sabía.
¡Todo Madrid, menos él!



Es fuerte augurio
que me hayan de perseguir
necios siempre, y de seguro
con este infame conjuro.
«Romero», hacednos reir



¡Qué espantosa soledad!

ANECDOTAS POLITICAS

(ARREGLADAS LIBREMENTE)

El duque de Tetuán al duque de Séxto:

—¿Vienes a dar un paseo?

—No, tengo hoy la cabeza muy pesada.

—¿Pues quítate la peluca!

Lastres dándole *coba* a D. Antonio:

—¿Es usted un hombre maravilloso, único, sobrenatural?

—Vamos, no siga usted—contesta Cánovas muy halagado en su vanidad—no siga usted elogiándome ó me taparé las orejas.

—¿Con qué, D. Antonio?

—Con las manos.

—Imposible. ¡Son tan pequeñas!

El conde de Peña Gamigo ha prestado su coche a Frontaura y manda parar un simón en la calle de Alcalá.

—Coche, ¿cuánto va usted a llevármelo por un paseo por la Castellana?

—Dos pesetas por la primera hora y seis reales por las siguientes.

—Pegfectamente. En ese caso voy a Fagnos y pasag la pigmea hoga y empezaremos luego por la segunda.

UN LORO ILUSTRE

A un sabio yo conocía tan aficionado a hablar, que lo mucho que sabía nunca lo supo callar.

Y el sabio tenía un loro que era un pájaro excelente; un loro que era de oro, según dicen vulgarmente;

de condición tan sensata, que ni fué nunca informal, ni dijo: *dame la pata*, ni cantó la marcha Real.

Fué del sabio amigo fiel que sus sentencias oyó, y así cuanto dijo aquél el bicho lo repitió.

El sabio le consagraba la mayor idolatría; sólo con el loro hablaba y de los hombres huía.

Si expuso el hombre empujando cualquier problema profundo, el loro inmediatamente lo repitió a todo el mundo; y si cualquiera verdad, capaz de asustar a un templo, decía en su soledad, *todo es nada*, por ejemplo, el loro, al instante mismode ser la verdad lanzada, saliendo de su mutismo repetía: *todo es nada*...

—Este loro es un tesoro—

aquél sabio me decía.

—¿Dónde encuentra usted otro

(loro)

que sepa filosofía?—

Y era cierto que le cupo a aquel animal la gloria

de ser un bicho que supo muchos libros de memoria.

Un día el sabio espiró, su voluntad recogí,

su heredero me nombró y el loro fué para mí.

Y así estoy yo de orgullo, que mi loro es un encanto!

¡Ni hay animal más hermoso, ni hay hombre que sepa tanto!

Pues ni el más pintado haría a este loro competencia...

¡Si se pasa todo el día en despilfarrar su ciencia!

Cuanto del sabio aprendió me explica mi camarada,

¡y el loro es quien me enseñó a hablar mucho y no hacer

(nada)

Ricardo J. Catarineu.

LA PEOR POBREZA

Era el anochecer de un día de Octubre. Sólo una veintena de hombres, desparramados en pequeños grupos, paseaban por los soportales de la Plaza, pisando la sombra oblicua de sus cuerpos que se extendía, contrahecha por las desigualdades del empedrado, sobre el que crujían tristemente las botas de los paseantes.

Los faroles del centro lanzaban mortecino fulgor sobre un desierto de arena; el gas de las tiendas ardía sólo para los horteras, que cabeceaban detrás de los mostradores. De repente un hombre atravesó precipitadamente la Plaza, se paró ante uno de los grupos, y quitándose la gorra de visera con la misma mano en que llevaba un bastón, dijo:

—Señor Juez, un herido en el hospital; el criminal en la cárcel.

El Juez se despidió de sus amigos con afectada sonrisa, se llegó con el alguacil al hospital, en donde le esperaba el escribano de actuaciones, y una vez tomada declaración al herido, se encaminó con sus auxiliares a la cárcel. Por el camino le fué explicando el caso el alguacil. Había ocurrido en una taberna cerca de la Plaza, la víctima era un voluntario, el otro un pobre diablo que vivía echando las redes y de faenas más humildes; ambos amigos y sin resentimientos. Acababan de beber una copa, cuando empezaron a disputar sobre quién pagaría los dos cuartos de gasto.—«Que si yo no lo he atreído, que si tú eres quien ha convidado, que si no tienes palabra, que si eres un pillo», se han ido calentando, y ¡zas! ya la tenemos. Y eso que, señor Juez, bien puede decirse que era un hombre a carta cabal.

La cárcel dormía a la luz de la luna, que lamía de soslayo las trinculentes rejas y a la de los malcarados faroles colgados en las paredes de los corredores. Constituyese el tribunal en la Sala de visitas; encima de la tarima, detrás de una mesa, sobre la cual ardían dos bujías, cuya luz no alcanzaba más allá de cuatro pasos. Todo el resto de la sala se perdía en tenebrosa vaguedad. Poco tardó el carcelero en traer al preso. Era un hombre bajito, de pelo de estopa, con la cabeza baja y aire imbécil; iba pobremente vestido de pana color de aceite salpicada de barro seco. A una orden del juez le acercaron un escabel delante de la mesa y allí le hicieron sentar.

—¿Cómo se llama?—preguntó el Presidente.

—Ramón...—contestó el preso con voz oscura sin levantar la cabeza, rascándose las costillas por dentro de la des-

pachuzada camisa, tambaleándose como si estuviese borracho.

—¿Y qué más?

—Ramón...

—¿El apellido?

El preso seguía rascándose, baja la cabeza, la mirada en el suelo, balanceándose estúpidamente.

—De apellido de padre, ¿cómo se llama?

—Ramón.

—¿Ramón, Ramón?...

—Ramón.

—¿El apellido de su madre?...

—Ramón.

El alguacil, que estaba detrás del preso, le largó un buen pellizco, el Juez empezó a morderse el bigote, el carcelero a esconder la cara por aquellas obscuridades.

—¿En dónde estaba hoy al anochecer a las ocho?—intentó aún preguntar el Juez.

—Ramón...—volvió a decir el preso tan marrajo como antes.

—¡Basta!—gritó el Juez, y encarándose con el carcelero, exclamó algo brusco:—Este hombre no ha estado incomunicado; en su calabozo hay algún otro.

—Es que...

—Es que si esto vuelve a suceder, será usted procesado. Encierre a ese hombre sólo, completamente solo.

El preso salió arrastrando los pies hasta la puerta; pero al llegar a la escalera, los golpes del alguacil y del carcelero le hicieron subir, saltando de dos en dos los escalones.

A las once de la mañana siguiente el sol inundaba con sus rayos la Sala de visitas. Volvió a entrar el preso, siempre con la cabeza baja, pero ahora por la humildad y con evidentes huellas de insomnio en el rostro. Sencillísima fué la indagatoria. A la primera pregunta contestó el hombre relatando del principio al fin todo lo ocurrido, seguido y corriente como quien desovilla un carrete. La conciencia en el aislamiento había hecho el milagro.

—Firme aquí—le dijo el escribano...

—Y el preso firmó, *Ramón Xaloch*, con unas letras como garbanzas.

Llevaronsele. Al cabo de un cuarto de hora entraron dos camilleros con unas parihuelas y una caja en donde traían el cadáver del voluntario. Volvieron a entrar al preso por una puertecilla que se abría sobre la tarima y en dirección que no le permitía ver la caja. Se puso en pie el Juez, bajó del estrado con el preso, y haciendo abrir la caja, preguntó a aquél si conocía al difunto.

—Sí, señor, él era—contestó con humildad y el rostro livido.

—¿Es este a quien mató?

—Yo le herí...

El actuario extendió la diligencia de reconocimiento, y alargándole otra vez la pluma al preso, repitió:

—Firme aquí.

Y firmó el otro *Ramón Xaloch* con unas letras de á dos dedos, cayéndole sobre el papel una lágrima, en la que se anegó toda la X.

—¿De qué buena gana le daría un pescocón y lo echaría a la calle—exclamó para sí el juez todo conmovido, mientras se llevaban al reo.—¡Por dos cuartos, infeliz! ¡Por dos cuartos! ¡Oh, ignorancia!

Llantos y gemidos sacaronle de su abstracción. Era que al atravesar el reo por delante de la escalera grande se había producido una escena que partía el corazón. A la parte de afuera de la gran reja esperaban al preso la mujer con sus dos hijos, uno en brazos, otro agarrado a la falda, y todos con los rostros metidos por entre los hierros.

—¡Ramón! ¡Ramón! ¿Qué has hecho?—gritó la mujer llorando.—¡Mira tus hijos; mírame a mí!... ¡Soltadle!... ¡Qué va a ser de nosotros sin él! ¡Por qué lo has muerto?... ¿Por qué te has perdido?... ¡Por una pieza de dos cuartos perdernos a todos, Señor!

El interpelado temblaba, los niños lloraban espantados... el llavero empujó al Ramón hacia la reja... sonaron tres besos abrasadores... y el reo, amarillo como la cera, llorando a lágrima viva y tambaleándose, perdióse escalera arriba, mientras aquella madre, estrechando a sus hijitos, caía desfallecida en tierra y exclamaba sollozando:

—¡Por una pieza de dos cuartos, hijos míos! ¡Por dos tristes cuartos! ¡Y yo que me creía pobre!... ¡Ahora sí que lo somos, hijos míos, ahora sí que lo somos!

Narciso Oller.

LANZADAS

El arzobispo de Madrid-Alcalá ha ordenado que en todas las parroquias de su diócesis se celebren rogativas para que terminen las guerras de Cuba y Filipinas.

No nos parece mal.

Pero es, si al propio tiempo que se celebran las rogativas, se les dan unas cuantas palizas a los insurrectos.

Porque... ya lo dice el adagio: «A Dios rogando y con el mazo dando».

Según el Sr. Cánovas, las noticias que se reciben de

Filipinas son tan satisfactorias, que es de suponer que antes de la llegada al Archipiélago del general Polavieja se habrá terminado por completo la insurrección.

Sí, ¿eh? Pues trasladamos el parecer del presidente del Consejo al arzobispo de Manila y a los procuradores de las órdenes monásticas, para su conocimiento.

Y para que nos *suelten* otro telegramita como el de marras.

De un periódico:

«Ayer conferenció con el Sr. Cánovas el ministro de Ultramar.»

«¡Cielos! Si en esa conferencia presentaría las cuentas el Sr. Castellano...»

Los concejales procesados por la venta de efectos del «Almacén de la Villa» han sido absueltos libremente.

Lo esperábamos.

Después del indulto de Zubizarreta y del recurso de casación Sanguillí, nada más natural que absolver libremente a esos caballeros.

Un colega pide a las empresas ferroviarias, que por *caridad y patriotismo* mejoren de clase a los soldados heridos y enfermos que regresan de Cuba.

Pero cómo si no.

Porque es lo que dicen las empresas:

—Nosotras ya hemos dado suficientes muestras de *caridad y patriotismo* consiguiendo la prórroga de concesión y el aumento de tarifas.

Una noticia para el Sr. Linares Rivas.

Al maestro de escuela de Rodén se le deben diez mensualidades.

¡Ah! se nos olvidaba.

Dichó maestro hace diez meses que tomó posesión de la escuela.

Un despacho de Londres afirma que Mr. Cleveland, en la apertura del Congreso norteamericano, declarará terminantemente que los Estados Unidos no abrigan el propósito de anexionarse la isla de Cuba.

Vamos, si, nuestros *leales amigos* renuncian *generosamente* a la mano de Doña Leonor.

¡Gracias, señores!

¡Hosanna! ¡Hosanna!

El Sr. Beranger ha tenido una idea salvadora para la Armada.

Ha mandado sustituir el ros, que usa la infantería de Marina, por un *capacete*.

En toda la semana no han ocurrido más que dos choques en nuestras líneas ferroviarias.

¿Dos nada más?

Pues hay que conceder alguna otra ganguita a las empresas.

En señal de agradecimiento.

La fiesta de San Carlos en Loredán:

«La fiesta terminó en el Salón de Banderas, hablando de España y de los queridos ausentes, deplorando los angustiosos proscriptos que el Marqués de Cerralbo y los que han de acompañarle dentro de breves días a Venecia, no hubieran podido anticipar su viaje para hallarse en aquella fecha, y formulando todos la firmísima esperanza de que este es el último año en que la fiesta de San Carlos se conmemora en Venecia.»

Si, según nuestras noticias el R... y los suyos celebrarán el año próximo la fiesta de San Carlos en Bahía, en Coria ó en Belén.

En la corrida de toros organizada por *El Imparcial* ocuparán la presidencia, para asesorar con sus consejos al presidente, los aplaudidos diestros *Lagartijo* y *Frasuelo*.

¡Hombre, si quisieran también asesorar al señor Cánovas!...

CERTAMEN PATRIÓTICO

Lema de las composiciones recibidas:

¡Viva el honor de España!

¡Invencible!

¡Viva España!

Invictus.

Omega.

Venido podrá ser... ¡nunca humillado!

¡Viva Cuba española!

La sentencia de la historia.

¡Gloria!

¡Luz eterna!

Por no ajustarse a las bases del Certamen y venir firmadas, quedan fuera del mismo las composiciones siguientes:

Un soneto firmado por D. E. Pascual; otro ídem por don Pedro del Rincón Benito; otro ídem por D. Manuel Peralta; otro ídem por D. C. G. Acevedo; otro ídem por D. Camilo González Atané; otro ídem por D. G. Savé; otro ídem por don A. Alonso Martínez; otro ídem por D. Antonio Goyanes Meneses; otro ídem por D. Rafael del Val; otro ídem firmado con el pseudónimo de *Un patriota*; otro ídem firmado con el pseudónimo de *Temístodes*, y un soneto sáfico sin lema.

En los próximos números continuaremos dando cuenta de las composiciones que recibamos destinadas al Certamen.

IMPRESA DE DIEGO PACHECO LATORRE